

IX Concurso de Cuentos Ilustrados "Ofelia Blanco Martínez"

RECUERDOS

1. RECUERDOS

Todavía recuerdo el último día de mi vida. Creo que es lo único que recuerdo.

Al llegar a esa edad en que la razón gana a los sentimientos, a la intuición y a la pasión, es cuando te preguntas si merece la pena haber llegado.

Y aquí me encuentro yo, acostado en el viejo sofá bajo la suave luz de la luna. El olvido se queda con las cosas del pasado y siento que pierdo en mi lucha por recordar.

La vida ya no sorprende al que todavía ama a quien perdió y que elige vivir solo. Cuando intentan llegar mis recuerdos, creo ver mis errores y me resisto a pensar y a seguir recordando. Ya no quiero pensar, ya no quiero recordar. Pero una fuerza corre de tal manera por mis venas que a veces consigue que por mis ojos fluyan nuevos pensamientos como flashes. Y pienso a la vez que intento recordar, y creo que recuerdo a la vez que consigo pensar, de tal manera, que no soy consciente de lo que siento hasta que las lágrimas me asoman.

Ahora soy prisionero de la enfermedad del Alzheimer en mi viejo cuerpo; prisionero de los pocos recuerdos que me quedan y que escondo en un rincón de mi habitación porque necesito conservar hasta que llegue el inevitable día.

2. SOLEDAD

Me despierto y deseo volverme a dormir. Espero que hoy sea como ayer y mañana como hoy. Hace tiempo disfrutaba cuando, al acostarme, repasaba el día e imaginaba lo que haría al siguiente, pero eso ha ido desapareciendo con los años.

Suena el teléfono. Mi mente está alerta.

- Sí, hola.
- (...)
- Ya sé, dime.
- (...)
- Bueno, entonces hasta luego.
- (...)
- No, no tengo prisa, no estoy haciendo nada...
- (...)
- Bueno, hasta luego.

El resto de la mañana la paso pensando en nada, solo en cómo sería al fin ese momento después de tanto tiempo esperándolo. Imagino cada detalle, cada sensación, temiendo desearlo demasiado.

Dan las doce y media cuando el teléfono me sobresalta de nuevo.– ¿Quién será?
–me pregunto irritado, sin caer en que siempre llama ella.

- ¿Qué pasa?
- (...)
- Ah, sí, hola. No, no estoy ocupado.
- (...)
- No, no necesito nada.
- (...)
- Ya, gracias.

Es simpática pero, ahora, sencillamente, me apetece estar solo.

3. REALIDAD

Todavía recuerdo la última tarde de mi vida.

Me molesta la luz que atraviesa las viejas cortinas de la ventana, casi tan viejas como yo. Recorro con la mirada el cuarto repleto de muebles. Las paredes con cuadros y fotografías no me ayudan, y desde la ventana ya no alcanzo a ver mis sueños.

- Buenas tardes, papá –dice la voz tras la puerta.
- Buenas tardes –respondo con brusquedad– ¿qué quieres?
- Habíamos quedado ayer, papá, y lo hemos hablado de nuevo esta mañana. No te acuerdas, no pasa nada. Venga, no me hagas volver a casa sin poder pasar a verte un rato.

Lo medito y, tras un momento, me esfuerzo por resultar más convincente:

- De verdad que no me apetece. Ando liado.
- ¿Liado con qué? –pregunta tras una pausa– Bueno, pero mañana salimos y hablamos. Un beso. Adiós.
- Hasta mañana – le digo, aun presintiendo que esta será mi última noche.

De nuevo la duda me asalta, pero solo de forma breve, en una mezcla de confusión y debilidad. Y, de pronto, siento agradecimiento, no sé por qué, aunque no puedo evitar que un escalofrío me recorra el cuerpo.

Antes tenía miedo de morir sin saber si había vivido lo suficiente. Ahora lo que me aterra es no recordar lo vivido.

Sé que mi recorrido llega a su fin, tras una vida plena y feliz. Para muchos puede que ochenta años sean muchos, pero a mí ahora me parecen pocos. Sin embargo, estoy tranquilo, estoy preparado.

EPÍLOGO

Todavía recuerdo el último instante de mi vida. Eso sí lo recuerdo bien.

Con nostalgia, dejé que una ola de emoción me abrazase. La impaciencia y la curiosidad llenaron mi corazón. Mis ojos se perdieron con la luz del amanecer y mis últimos y escasos recuerdos desaparecieron, dando paso a un tranquilo océano de paz.

